



CENTENARIO



André Malraux (1901-2001)

ENTRE LA AVENTURA Y EL COMPROMISO

Por PABLO NEY FERREIRA (*)

Existen diversas formas de disfrutar de los placeres de la existencia; estas dependen entre otras cosas de la capacidad de los individuos de generar proyectos de vida buena, de los recursos y capacidades que posean para llevarlos a cabo, y de la suerte que tengan al articular estas dos cosas.

La vida de Andree Malraux fue una vida llena de aventuras y compromisos, de lealtades y divergencias, de errores y de aciertos, pero sin ningún lugar a dudas fue una vida que atravesó toda las peripecias y conflictos que generó el trágico siglo XX. Muchas veces Malraux tuvo esa suerte que mencionábamos antes, pero en otras ocasiones la buenaventura le abandonó y se deslizó en pendientes un tanto confusas. Hoy en día sus restos abandonaron el cementerio de Verrières-le-Buisson para descansar entre los mármoles del *Pantheon* francés siendo el quinto escritor en ingresar a la rotonda de hombres ilustres francesa, después de Voltaire, Rousseau, Victor Hugo y Zola. ¿Al *Pantheon*? Malraux soñaba con eso.

Andree Malraux nació en 1901 en la ciudad de París en el seno de una familia acomodada. A una edad temprana y luego de haber estudiado sánscrito se va al Extremo Oriente en 1923 a desarrollar una expedición arqueológica en Camboya. Allí se une a los revolucionarios annamitas y chinos, desempeñando un papel importante en el Kuomintang, al cual abandona en 1927 cuando Tchang-Kai-Chek rompe con los comunistas. Vuelve a Francia a través de Afganistán y de Persia, y se sienta a escribir la que será sin dudas su mejor y más famosa novela "La condición humana", con la que gana el premio Goncourt en 1933. Más tarde es nombrado presidente del Comité Mundial Antifascista desde donde desarrollará una destacada y militante actuación. Al estallar la Guerra civil española (1936-1939), Malraux como tantos otros escritores, intelectuales y aventureros acude presuroso a participar activamente en esta trágica contienda ideológica, organizando y liderando la aviación republicana, por la cual es herido en 1937. Más tarde en 1940 es tomado prisionero en Francia y luego de evadirse colabora en la organización de la resistencia, cayendo nuevamente herido y siendo capturado por la Gestapo pero no siendo identificado. Inmediatamente toma el mando de la brigada Alsace-Lorraine, integrada en el primer ejército francés y combate hasta el final de la segunda guerra mundial. Pero este

incansable aventurero-escritor nos depa-raba algunas sorpresas más un tanto extravagantes, como cuando se incorpora al séquito que luego de la guerra acompañó al general De Gaulle, abandonando sus compromisos ideológicos que había contraído con el Partido Comunista.

Así planteada, la vida de Malraux es emocionante, y hasta envidiable, pero ¿fue realmente así? Oliver Todd ha dedicado cinco años de su vida en investigar la vida de Malraux, y ha publicado una interesante biografía que vio la luz precisamente en este año. Según Todd, en términos de "cumulo de secretos, la vida de Malraux, más reinventada que vivida, se revela como una sarta de mentiras. La manía de adornar se manifiesta en España; el aviador problemático empieza por adjudicarse los galones de coronel, y si el combatiente da muestras de coraje, y si hay testigos de buena fe que den cuenta de la herida, es algo que muchos se preguntan. Me parece que Todd sospecha que su participación está más cercana a la de Hemingway y sus borracheras en los hoteles y bares de Madrid, que de la del heroico piloto herido en combate contra el fascismo. En cuanto a los guerrilleros de la Resistencia, se puede decir que tarda en sumárseles: en marzo de 1944, dos meses y no "dos años", antes del desembarco. Admite que está cansado de bravuconadas y causas perdidas después de 1940 y España; le parece que llegó el momento de escribir y hacer vida familiar. Existen serias dudas respecto a la detención por parte de la Gestapo, la amenaza de ejecución, el diálogo no confirmado con un general alemán.

Según Oliver Todd, Malraux es un gran mito y poco más. Raymond Aron pensaba de la misma manera. De todas maneras Francia ha convertido a Malraux en un icono y en un impresionante referente cultural, que destaca nitidamente por sobre escritores que a mi parecer son infinitamente superiores. Indudablemente la biografía de Todd muestra un personaje que al menos se presenta como ambiguo y cambiante, un aventurero que no duda en pasar sin previo aviso del Partido Comunista al gaullismo más recalcitrante, cambiando de compromiso político casi inmediatamente.

Contaba José Bergamín su encuen-

tro con Andree Malraux durante el mayo del 68. Deambulaba el poeta por las calles de París en una de aquellas jornadas en que parecía que todo era posible. Pasó por delante del Ministerio de Cultura y le entró curiosidad por saber en qué estaría pensando el antiguo revolucionario convertido en ministro cuando la calle asediaba al Estado. Si la ausencia de funcionarios es síntoma de vacío de poder, el estado francés estuvo en precarias condiciones por entonces. Bergamín se metió en el Ministerio y llegó hasta el despacho del ministro sin encontrar a nadie por el camino. Andree Malraux, el de siempre, el del flequillo negro, el del gesticular frenético, el de la voz seca y nervioso, se abalanzó sobre el visitante y al tiempo que le abrazaba le dijo: "Felizmente, tenemos al Partido Comunista".

Malraux escritor. Las novelas de Malraux tienen por marco la historia en pleno desarrollo, sus novelas están inspiradas y centradas casi siempre en los conflictos bélicos del siglo XX: China, Indochina, Alemania, España, la segunda guerra mundial, son todos escenarios conflictivos desde donde sus héroes emprenden a veces, acciones violentas, y, a veces se centran en conversaciones filosóficas, jamás la introspección psicológica tiene lugar en sus ajetreos existenciales. Sus principales preocupaciones se plantean cuando detienen la acción, y están centradas en interrogantes del tipo de: ¿Adónde va este universo absurdo? ¿Cuál es el sentido del destino humano y por qué se acepta luchar contra él, a pesar de la certeza de que al final todo se lo llevará la muerte?

Pascal resolvía estas preguntas por medio de la fe. Malraux, no. La acción a lo sumo puede constituir una diversión eficaz que nos evitara meditar sobre semejantes cosas, pero nada más. La camaradería viril en la que estuvo inmerso a lo largo de su vida dentro de cuanta revolución encontró, puede constituir un alivio, aunque uno no esté demasiado convencido de la justeza de sus designios últimos. Nunca se involucró demasiado en las revoluciones; a Malraux le interesaba lo mismo que a Nietzsche; ¿Cómo puede salvarse la calidad del hombre sin fundarla en la religión? A la condición del hombre no puede contestarse de otro modo que con la acción.

Frente a la nada y al absurdo, solo vale una energía extrema que no puede revelarse superior a la muerte y al sufrimiento más que si está dispuesta a afrontarlas. Aventura, es decir, diversión, embriaguez fulgurante en la que, por un instante, la angustia de vivir se duerme, posibilidad de no pensar en nada, pero también prueba expresada de valor.

El hombre, rechazado de Dios, ¿dónde puede vivir que no sea en el tiempo, o en la Historia? ¿y qué puede hacer sino proclamarse a sí mismo Dios, sacando de sí y por sí mismo valores y actitudes que le permitan cambiar su vida del sentido que la muerte de Dios le ha privado? El mundo de Malraux es el mundo que sigue la revelación de Nietzsche —Dios ha muerto— y que se encuentra desquiciado hasta su misma raíz. Existe en Malraux una clara denuncia trágica de la existencia.

Malraux gaullista. ¿Qué ocurre entre 1937 y 1944? El Malraux que buscaba la redención del escritor en la experiencia de realidades límite, emprende una larga marcha que culminará en 1959 cuando De Gaulle le encarga el Ministerio de Cultura. De su programa una frase muy citada, que tiene carácter de manifiesto: "Por el precio de 25 kilómetros de autopista en los diez próximos años Francia se convertirá gracias a las casas de cultura, en el primer país cultural del mundo": Malraux quería hacer con la cultura lo que Jules Ferry había hecho con la educación: llevarla a todos los ciudadanos de Francia, hacerla popular. Convertido al nacionalismo gaullista, su añeja vocación internacionalista quedaba adscrita a la hermosa fantasía del museo imaginario, la síntesis —a través del arte— del espíritu humano. De China (1927) al desfile de los Campos Elíseos (junio de 1968), una larga marcha, con el Partido Comunista y el general De Gaulle como los dos robles que le dieron refugio, los dos compromisos que le dieron vida a una gran aventura convertida en leyenda literaria.

(*) Licenciado en Ciencia Política Universidad de la República D.E.A (Diploma de Estudios Avanzados) Universidad de Santiago de Compostela. Candidato a Doctor en Ciencia Política Universidad de Santiago de Compostela.